



El despertador de la señorita Susi

Luego, cuando los hechos se manifestaron alfabéticamente inverosímiles, todo el mundo quiso atribuir al protagonista de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por que tener la menor importancia si que era, según todos las apariencias, de índole menor: había cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es el que un despertador no funciona.

— Y más considerando... — el presidente interrumpió la lectura del memorándum y **señaló con la mano derecha**, se precisó los lagrimales con el índice y el pulgar de la izquierda y, tras un breve suspiro, dedicó una mirada lenta, algo cansada, a la mujer que tenía enfrente — considerando, mi querida señora, que nada obliga a la encasillada a salir de la cama si tal... — **señaló con la mano derecha** y barajó los papeles en boca de... —

— Las 5:33 de la madrugada — declaró desde el fondo de la sala una voz masculina alta, clara y bien timbrada.

— ¡Exacto! — El presidente consultó con un cierto orgullo que había encontrado el renglón que buscaba en un par de decenas de segundos antes de que la voz se elevara — Le 5:30 de la madrugada y a nuestra encasillada aquí presente no había nada que le obligase a levantarse de la cama (¿dónde está, pues, el drama?)

El señor que...

— ¡Cielo santo, mi diente no lo sabe! — protestó con viveza un caballero de cabello blanco que aperturó los brazos como abogado — Al drama, señoría, se le había perdido la pista la noche anterior, más exactamente cuando la tarde cala no propiamente sobre la ciudad pero sí sobre un pequeño congreso atendido a los jardines colindantes al palacio episcopal —

— Y como se daba la circunstancia de que por afiladura no era de alta ni de su incumbencia — el presidente se **dirigió con la mano derecha** esta vez con el gesto repetitivo del que no está en absoluto



de puntillas y con los zapatos en la mano a veces, con la hora pegada a los talones y la corbata colgada del codo, que ya se la pondría en algún semáforo porque la tía soltera de la del tercero era una señorita de una más que muy cierta — “¡pero que muuuuucho, oiga!”, solía echarle años de sobra (en su incommensurable largueza¹) y una “u” bastante larga la

del cuarto (número 2) sin querer dar a entender, “entendámonos”, que es que “yo, mire usted, no es que quiera a ver si usted me entiende decir que” — edad más que terciada que no iba a entender cierto tipo de flaquezas de la carne de sus vecinos más ni mejor de lo que hubiera comprendido las de un marciano o las de cualquier otro de los seres impensables y extraños de los que, se venía rumoreando aunque nadie se atreviese a concederles crédito ni darles pábulo, poblaban nuestro sistema planetario; pero vaya si, y pese a que se la tuviese por una pobre vieja ignorante, entendía, aunque callase y dejara correr el agua porque, como ella decía, “¿qué sentido tendría que le cortara el paso no teniendo intención de beberla?”.

— ¿Qué bebe entonces, vino? — Preguntaba mordaz la deslenguada de la de Correa.

¹ Y haciendo oídos sordos a sus protestas, un tanto forzadas y que ella (en su bien aprendido papel de mujer perspicaz con el que estaba encantada y dispuesta a conservar costara lo que costase sin importar a quién ni a qué precio hubiese que sobornar) sabía detectar a la legua como meros melindres de quien no quiere dar la sensación de estar abusando de la generosidad del /de la benefactor/a o desinteresado/a donante que, a su vez, se defendía con fervor aduciendo “no hay nada de que dar las gracias, yo me estoy limitando a tasar las cosas en su justa medida y dar a cada cual lo suyo sin que me duelan prendas ni exigir ningún tipo de avales”.